

pasar en silencio, dice, cual fué el exceso de alegría de esta ilustre viuda, cuando supo que su nieta Paula, que el Cielo había concedido al voto que sus padres habían hecho de consagrarla á Dios, comenzaba desde la cuna y entre los juguetes de la infancia á cantar el *Aleluya*, y á pronunciar á medias con una voz balbuceante los nombres de su abuela y de su tía. La única cosa que le hubiese hecho desear estar en Roma, era ver á esta nieta con su hijo y su nuera servir á Dios en un desprendimiento perfecto de todas las cosas de la tierra. Así vió cumplida una parte de sus deseos, pues su nieta tomó el grado de las vírgenes, y su nuera habiendo hecho voto de castidad imitó á su abuela con su fé y sus limosnas. »

Por estas palabras de san Jerónimo vemos cuanto Leta se había aprovechado de los consejos que este en su carta le había dado para la educación de la joven Paula. Encaminada, pues, desde su más tierna infancia á alabar al Señor, y nutrida por las relaciones que le hacían de las virtudes admirables que su abuela y su tía Eustoquia practicaban en Belén, y conservada con singular cuidado en una perfecta inocencia de costumbres, su corazón ofreció á Jesucristo una morada propia para sus sagradas influencias; y este divino Esposo de las vírgenes se la escogió como se había escogido á su bienaventurada tía Eustoquia, á la cual, á su tiempo, fué á unirse en el monasterio de Belén, donde bajo su dirección acabó de perfeccionarse en esa alta piedad que le hizo tan digna de llevar el nombre de su abuela. Tuvo el dolor de ver morir á su bienaventurada tía, después de haber sufrido con ella la persecución de los herejes pelagianos, de que hemos hablado. Nada más sabemos de particular sobre lo restante de su vida, ni tampoco en que tiempo murió. San Jerónimo, escribiendo una carta común á san Agustín y á Alipio, les habla de la muerte de santa Eustoquia como recientemente acaecida, y añade que su

sobrino Paula los saluda con mucho respeto, y que en su dolor les ruega se acuerden de ella.

El Martirologio Romano celebra la fiesta de santa Eustoquia el 28 de setiembre. En cuanto á Paula la Joven, aunque su nombre no se halle en el Martirologio y que nada nos quede de sus actas después de la muerte de su tía, no debemos dudar, dice el cardenal Baronio, que habiendo sido obtenida de Dios por las oraciones de sus padres, consagrada á su servicio desde su nacimiento, elevada en la inocencia por los cuidados de las damas más santas, no se conservase hasta el fin en el fervor de su piedad, y no terminase santamente una vida toda consagrada al servicio de Dios.

---

#### MONASTERIO DE JERUSALÉN Y DE LOS ALREDEDORES <sup>1</sup>.

Después que san Hilarión hubo hecho conocer con su ejemplo y sus instrucciones la excelencia de la vida religiosa en la Palestina, bien pronto quedó ésta poblada, como el Egipto lo había sido por el gran san Antonio. Por todas partes se levantaron monasterios, y el número de solitarios de uno y otro sexo fué allí muy considerable. Hemos visto á aquellos que vivían en el vecindario de Belén; ahora conviene pasar á los de Jerusalén y de los alrededores.

El más antiguo de Jerusalén de que se ha hecho mención en la historia, es aquel que tuvo por abad á un excelente personaje llamado Filipo. No se sabe en que tiempo fué construido, ni que observancia se guardaba en él; so-

<sup>1</sup> San Jerónimo, Vit. PP., Palladio, Rufino, Tillemont.

lamente se sabe que Filipo era su abad hacia el año 361, en días del emperador Juliano. Sería de desear que tuviéramos más conocimiento de este venerable personage y de sus discípulos; y Rufino es el único que nos habla de él, y lo hace incidentalmente y en pocas palabras. Lo que al efecto dice puede no obstante hacernos juzgar de su mérito por su humildad, y del fervor de los religiosos que tenía á su cuidado. Hé aquí lo que nos ha escrito sobre el particular.

El emperador Juliano el Apóstata queriendo restablecer el culto de los ídolos dió rienda suelta al furor de los idólatras, quienes ejercieron horribles crueldades contra los cristianos. Entre los excesos que cometieron, destacándose su odio contra los muertos lo mismo que contra los vivos, algunos de ellos fueron á la tumba de san Juan Bautista, que estaba en Sebasta de Palestina, sacaron los huesos, y los dispersaron para que fuesen pisoteados por los transeuntes. Enseguida temiendo que los cristianos los recogieran, ó más bien impacientes por verlos reducidos á polvo, los recogieron y los echaron al fuego.

Durante aquel tiempo algunos religiosos del monasterio de Filipo habían ido á Sebasta para hacer sus oraciones en el sepulcro del santo Precursor. No pudieron ver sin horror profanar sus santas reliquias, y temiendo participar en la impiedad de los idólatras sino procuraban conservar las que pudieran, no temieron exponer su vida mezclándose entre aquellos que las recogían para quemarlas, y salvaron una parte que llevaron á su monasterio.

El abad Filipo aplaudió su celo; pero no creyéndose digno de poseer un tesoro tan precioso, lo envió á san Atanasio por Juliano diácono de su monasterio. El santo obispo, lo recibió con toda la veneración que debía, escondiéndolo en su iglesia, desde donde después lo transportó á otra que se edificó en honor de san Juan Bautista, sobre las ruinas del templo de Serapio.

Este sería el lugar para hablar de san Cirilo obispo de Jerusalén y doctor de la Iglesia, y de Juan su sucesor; pero no todos los autores convienen en que el primero hubiese profesado la vida monástica, y sólo se encuentra marcado en un Sinaxario, ó libro eclesiástico de los Griegos, sin que esto sea atestiguado por su menólogo ó algún otro autor antiguo. Por lo demás, aun cuando esto fuera verdad, nada sabemos de él que tenga relación á la vida monástica, y toda su historia versa sobre sus virtudes episcopales, que fueron muy eminentes, y le merecieron el título de doctor; pues sostuvo la fe con intrepidez contra la impiedad de los Arianos, y tuvo el honor de sufrir más de una vez el destierro por la defensa de la fé.

Gobernó su Iglesia por espacio de treinticinco años; pero las persecuciones que sufrió en diversos tiempos interrumpieron su gobierno por dieciséis años de ausencia. Moriría hacia el año 386.

En cuanto á Juan, su sucesor, dice san Jerónimo que había sido monje. No sin motivo dice de él un sabio escritor que no fué más que demasiado célebre en la historia de san Jerónimo y de los Pelagianos; así para no prolongar este volumen omitiremos su elogio. Se puede conocer cuales fueron sus sentimientos, sobre todo en favor de Pelagio, en los últimos años de su vida, por aquello que hemos dicho de su inacción cuando los Pelagianos devastaron impunemente los monasterios de san Jerónimo y de santa Eustoquia, y por la carta llena de justas reprensiones que por ello el Papa san Inocencio I le escribió.

Pero no sabríamos pasar por alto, con motivo de san Cirilo, un suceso milagroso que acaeció en su tiempo, y cuya relación es demasiado propia para edificar la piedad de los fieles para omitirla aquí, donde la podremos colocar sin interrumpir mucho nuestra narración. Se verificó al principio de su episcopado, como se ve por aquello que escri-

bió al emperador Constanzo. Le relata así este milagro :

« En tiempos de Constantino vuestro padre, de feliz memoria, fué hallado en Jerusalén el leño saludable de la Cruz, recompensando Dios su piedad por el dichoso descubrimiento de este tesoro, que había permanecido escondida en las entrañas de la tierra. En vuestros tiempos los milagros ya no vienen de la tierra, sino del cielo. Durante este santo tiempo de Pentecostés, hácia la hora de Tercia (es decir á las nueve de la mañana), una cruz de las más grandes que jamás se han visto, formada con luces, ha aparecido sobre el Calvario, extendiéndose hasta la santa montaña de las Olivas. No se ha mostrado sólo á una ó dos personas, sino á toda la ciudad, muy clara y distintamente ; y por temor que se pensase que esto no era más que un fenómeno pasajero, durante muchas horas ha subsistido visible á simple vista, y mas resplandeciente que el sol, cuya luz hubiera extinguido si la suya no hubiese sido más fuerte. Al momento todo el pueblo, movido por este prodigio, corrió á la iglesia con un temor mezclado de alegría : los jóvenes y los viejos, los hombres y las mujeres y hasta las hijas más retiradas. Fué este un espectáculo muy conmovedor ver no sólo á los cristianos del país y á los forasteros, más aun á los paganos que habían ido de diversos lugares á Jerusalén, loar á voz unánime á Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo único de Dios, quien hacía prodigios tan grandes, y reconocer al mismo tiempo que la doctrina evangélica de los cristianos no consistía en vanas palabras, sino que la publicación que los hombres habían hecho de ella desde el cielo venía atestiguada por el mismo Dios en un prodigio tan singular. »

San Cirilo no es el único que ha hablado de este milagro ; el emperador lo supo también por otras voces. Los escritores eclesiásticos, Sócrates, Sozomeno, Filostorgo, que escribieron después de este suceso las crónicas de Idacia y de

Alejandro, han hablado de él. Los Griegos señalan su fiesta en sus *Meneos*. Nada fué más sensible que este milagro. La grandeza de esta Cruz era de 15 estadios, ó tres cuartos de legua, que es la distancia que hay entre el monte Calvario y el de las Olivas, y como nota muy bien san Cirilo, su luz eclipsaba la del sol ; así es que se presentaba clara, sin que se la pudiese confundir con la de este astro y en fin tuvo tantos testigos cuantos habitantes y forasteros había en Jerusalén, villa á la sazón muy poblada. Los paganos la vieron lo mismo que los cristianos, y no pudieron dejar de dar con ellos gloria á Jesucristo. No fué este un fenómeno momentáneo, que estuviese más bien en la imaginación que no que hiriese los ojos de los espectadores ; pues además que no podía suceder que todo un pueblo tuviese la imaginación exaltada, el milagro subsistió durante muchas horas : así todo concurrió á atestiguar su evidencia. Ya no hacemos otras observaciones sobre el particular. Se pueden ver las que hace Tillemont contra los herejes de los últimos siglos, quienes se declararon enemigos del signo de nuestra redención.

Pero volviendo ahora al monasterio de Jerusalén, Melania la Abuela, construyó uno para las personas de su sexo, del cual hablaremos en el capítulo siguiente. El monte de las Olivas estaba también habitado por un gran número de solitarios. Santa Helena había hecho construir en él una magnífica iglesia para honrar la ascensión de Nuestro Señor Jesucristo ; pues de esta montaña subió triunfante al cielo. También se habían erigido en el mismo diversos oratorios. Rufino, á quien muchas veces hemos citado, tuvo allí una celda, y á instancias de los ermitaños de ese lugar escribió el libro de las *Vidas de los Padres*.

Paladio habla de un solitario de esta santa montaña llamado Inocencio. Este había tenido mucha privanza en la corte del emperador Constanzo, y habiendo dejado el si-

glo, fué á retirarse entre los anacoretas de este monte sagrado, donde fué elevado al sacerdocio. Hizo construir una capilla en la cual puso las reliquias de san Juan Bautista. Este historiador dice que Dios le había concedido el don de curar las enfermedades y de echar al demonio de los cuerpos de los posesos. Relata uno de sus milagros de que había sido testigo.

Un día, dice, una mujer le condujo su hijo parálítico y poseído al mismo tiempo del demonio. El estado en que se hallaba me hizo juzgar que no podría ser curado, é insté á esta mujer que se retirara ; pero al mismo tiempo apareció el viejo Inocencio, y oyendo las lamentaciones de esta madre desolada, fué movido de compasión hasta derramar él mismo lágrimas ; y cogiendo el niño lo llevó á su capilla, donde habiendo rogado por él tres horas consecutivas, le libró de la parálisis y del demonio y lo volvió á su madre perfectamente curado. » Una pobre mujer fué también para implorar el auxilio de sus oraciones para recobrar una oveja que le habían robado. Él le dijo que le condujera al lugar donde creía haberla perdido, y allí, habiéndose dirigido á Dios un cuervo descubrió el lugar en que los ladrones la habían escondido ; por lo cual estos quedaron tan tocados que confesaron su hurto é indemnizaron á esta mujer.

Paladio conoció en Jerusalén un solitario, llamado Adolio, á donde había ido desde Tarso, lugar de su nacimiento, para profesar la vida monástica. Sin embargo la mayor parte del tiempo lo pasaba en la montaña de los Olivos. Se puede decir que los primeros ensayos en los ejercicios de su estado fueron los esfuerzos de muchos otros. Su mortificación era prodigiosa ; ella lo hacía admirar de todos los solitarios, y causaba á los demonios un terror tal, que no osaban acercarse á él. En la cuaresma pasaba cinco días sin comer, y en lo restante del año no comía más que

una vez cada dos días. Todas las noches después de Vísperas permanecía sobre el monte de las Olivas en oración, rogando y cantando salmos hasta la hora en que los hermanos se levantaban para el oficio de la noche. Así estaba expuesto á las injurias del aire, sea que lloviera ó que hiciera mal tiempo ; y habiendo llegado la hora del oficio, iba á llamar á todas las celdas de los hermanos para reunirlos en el oratorio y rezar el oficio. Hacia algunas preces con ellos, pasando así de un oratorio á otro ; después se acostaba hasta Tercia, no faltando á asistir también á todos los oficios de día en las horas señaladas : murió y fué sepultado en Jerusalén.

Había sobre el monte Hermón un monasterio de vírgenes muy piadosas, cuya piedad san Jerónimo estimaba en mucho ; pero los enemigos de este santo Doctor les dieron de él ideas tan poco favorables, que habiéndoles escrito muchas veces, ellas no le contestaron. De esto se queja en una de sus cartas, en la cual les muestra por muchos ejemplos de la Escritura, que aunque él se reconoce todo pecador, ellas no deben dejarse arrastrar por el juicio de los hombres, y que Dios no condena muchas veces con tanto rigor á aquellos á quienes la lengua de los maldicientes reprueba. « Os suplico, les dice, que perdonéis mi dolor, si yo me quejo de vuestro silencio. Estoy verdaderamente contristado de que después de haberos escrito muchas veces, ni siquiera os hayáis dignado contestarme. Yo sé que las tinieblas no pueden hallarse con la luz (II Cor. 6), y que un pecador como yo es indigno de tener parte en la amistad de las siervas de Dios ; pero sé también que una mujer de mala vida lavó con sus lágrimas los piés del Señor ; que el Salvador vino á llamar á los pecadores ; que cargó sobre sus espaldas la oveja que se había extraviado, y que, como un tierno padre, recibe con alegría al hijo pródigo que vuelve á él. El Apóstol ha dicho : *No juzguéis*

*antes de tiempo* (I Cor. 4). Los juicios de Jesucristo, mis amadísimas hermanas, son bien diferentes de los de un hombre envidioso y apasionado. Nunca se ha condenado con tanto rigor en su tribunal como en esos lugares retirados donde la maledicencia procesa á todo el mundo. Un día se hallará desarreglo é injusticia en muchas acciones, que hoy parecen rectas y justas á los ojos de los hombres. »

---

#### MELANIA LA ABUELA O LA ANCIANA<sup>1</sup>.

Por más que algunos autores hayan dado á Melania la Abuela el título de Santa, aquí nos abstendremos de hacerlo, porque no es reconocida públicamente en calidad de tal, ni tampoco su nombre está indicado en el Martirologio Romano. El cardenal Baronio da la razón de ello en estas notas. « Melania la Abuela, dice, no cedió en piedad á la joven, y no mereció menos elogios que esta durante cierto número de años ; pero oscureció el esplendor de sus hermosas virtudes por haberse dejado sorprender después por los errores de Orígenes. » Sin embargo su memoria siempre ha sido muy respetada, y si se la ha tachado de haberse adherido con demasiada facilidad á los sentimientos de Didimio de Alejandría y de Rufino en favor de Orígenes, por otra parte la ha excusado la sencillez de sus intenciones, en un tiempo en que la causa de los Origenistas estaba todavía implicada, y uno se ha persuadido que Dios no permitió que perdiera el fruto de tantas obras

<sup>1</sup> San Paulino, San Jerónimo, Vit. PP. Paladio, Baronio, Tillemont.

buenas como hizo, y que le hizo la gracia de renunciar á sus perjuicios.

Era oriunda de España y de la ilustre casa de Antonio ; así es que no cedió en nobleza á ninguna de las damas romanas. Su familia, establecida en Roma, poseía allí los cargos más honrosos é inmensas riquezas. Se marca su nacimiento en esta ciudad en 342 ó 343, cerca de dos años después del consulado de Marcelino, de quien era nieta, y también de Piniano. San Paulino, quien le dá magníficos elogios, reconoce que él le era tan próximo por la sangre, como san Sulpicio Severo le era por la fé ; y se sabe que rango la casa de San Paulino tenía en el mundo.

Melania fué casada con un personaje que estaba en las dignidades, pero no nos ha quedado su nombre. Entrando en este nuevo estado, que parecía prometerle un feliz porvenir según el gusto del siglo, se halló bien pronto engolfada en una carrera de tribulación. Primeramente fué madre de tres hijos ; pero aparte de muchos falsos partos, tuvo la desdicha de perder á su marido fuera de Roma, quien la dejó viuda cuando tenía á lo más veintitres años. Poco tiempo después Dios también se le llevó á dos de sus hijos, y sólo le quedó el más joven que se llamaba Publícola, y que parece que el Señor se lo conservó menos para consolarla que para aumentar su valor, porque al verle se volvía á la memoria la pérdida de su marido y de los otros.

San Jerónimo nos dice cuales fueron las disposiciones de Melania en tan grandes motivos de aflicción, y le propone á santa Paula por modelo al consolarla por la muerte de su hija Blesilia. « La virtuosa Melania, dice, que, por su piedad y por su nacimiento, tiene hoy día una categoría tan distinguida entre los cristianos, y con quien ruego al Señor nos una á vos y á mí en el día del juicio ; esta virtuosa dama, digo, aún no había rendido los últimos deberes á su marido que acababa de espirar, cuando la muerte